

Portada

Del 23 al 29 de abril de 2015

— ¿Quiénes Somos? | — Escríbenos | Correspondencia | ISSN 1729-3812 —

Galería de Fotos

Dossier Especial

Noticias anteriores

Sugerimos...

Con la FMC

Protagonista

Quehaceres

Criterios

Reflexiones

Hablemos francamente

En familia

Salud

Cultura

Deportes

Globalicemos la  
solidaridad

La mujer en el mundo

Mujeres con historia

Famosas en La Habana

Eventos

Mil ideas

Comer y beber a la  
cubana

La página verde

## Reflexiones

### Mitos en el laberinto de la violencia

Por [Sara Más](#)

Cuando una mujer es maltratada por su esposo y sigue junto a él, no lo hace porque «le gusta» o «es masoquista». Si además sale en defensa del marido golpeador, cuando alguien ajeno interviene en la trifulca o trata de apartarlos, tampoco lo hace, como a veces se dice, «porque en el fondo prefiere que le peguen».

Detrás de frases y pensamientos como esos —y más comunes en la vida cotidiana de lo deseado—, se esconden falsas creencias y, sobre todo, un gran desconocimiento acerca de ese fenómeno, los resortes que lo producen y el ciclo del maltrato que lo sostiene.

Sondeos e investigaciones diversas dan cuenta de que abundan los mitos que naturalizan la violencia en sus más disímiles variantes. Se trata de falsas verdades ya inscritas en el imaginario social, de modo tal que no dejan reconocer el dilema por parte de quienes lo presencian, pero tampoco por quienes lo padecen. Esas creencias se erigen, incluso, como barreras para poder actuar de manera consecuente.

La lista de mitos y prejuicios que acompaña a estos actos es larga, añeja y, lo peor, goza de la aprobación social que la reproduce en la práctica cotidiana.

#### ¿ASUNTO DE TODOS O ASUNTO DE DOS?

Asociadas siempre al uso de la fuerza y el poder, todas las formas conocidas mediante las cuales se manifiesta la violencia suponen siempre una jerarquía, una superioridad, un desequilibrio. En el caso de la violencia machista o por motivos de género, esa asimetría entre hombres y mujeres se basa en la subordinación y desvalorización de lo femenino frente a lo masculino.

Dicho en palabras de la socióloga Clotilde Proveyer, reconocida profesora e investigadora cubana, «en ese vínculo indisoluble entre violencia y poder, la violencia de género está ligada al poder masculino a escala social, en virtud del patriarcado como sistema de dominación».

Aprendizajes relativos a mujeres (esposas, hijas, hermanas...) sumisas y obedientes, comprensivas, cumplidoras y esforzadas, fieles y sacrificadas por el

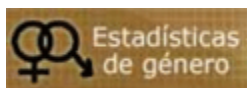
Imprimir

Publicado en No. 721



**Fotos: Carteles de la Campaña por la no violencia hacia la mujer**

Otros vínculos



Masculinidades en Cuba



NO a la violencia contra la Mujer

Observatorio



**Directorio  
Prensa**

resto; en contraste con hombres (padres, hijos, hermanos, esposos...) decididos y valientes, de carácter, con licencia para decidir y que saben lo que quieren, dan al traste con relaciones desventajosas para ellas, aun cuando creen que hacen bien y están cumpliendo con el mandato a ellas asignado.

Esos patrones, anclados en la cultura patriarcal, determinan prácticas concretas que niegan los derechos de las mujeres y reproducen el desequilibrio y la inequidad entre los sexos. De ese modo, la diferencia entre esta violencia machista y otras formas de agresión y coerción está en que el factor de riesgo o vulnerabilidad radica, precisamente, en el solo hecho de ser mujer.

Las creencias, mitos y tradiciones relacionadas con ello impiden tomar conciencia de la gravedad del problema, valen como excusa para minimizarlo, lo hacen percibir como ajeno y lo justifican.

Al decir de la periodista Isabel Moya, esos «mitos, medias verdades, estereotipos, manipulaciones y ocultamientos han sido socializados durante siglos para legitimar el dominio masculino y el uso de la violencia como forma de ejercer y mantener el control sobre lo femenino, tanto a nivel individual como colectivo».

Así sucede, por ejemplo, cuando se afirma que los casos de violencia se dan de manera aislada, son un asunto privado, de la pareja, cuestión de marido y mujer, en la que nadie se debe meter, por lo que solo compete solucionar a ambos. Cuando en verdad las estadísticas y estudios revelan que es un problema extenso, con altos costos sociales y que necesita de intervención y soporte profesional para resolverse.

Otra falsa creencia, igualmente muy generalizada, es la de culpar a un agente externo del problema. Así, se torna común que tanto hombres como mujeres le adjudiquen la responsabilidad de la violencia al alcohol o a las drogas, en el intento de disculpar o justificar una conducta que de otra manera no sería tolerable. El alcohol o las drogas funcionan como catalizadores del proceso violento, pero no lo determinan. Esas sustancias deshiniben a las personas, por lo que alguien violento, bajo el efecto de las drogas o el alcohol, expone sus modos de actuar con mayor facilidad.

#### UN CICLO EN ESPIRAL

Lo que realmente sucede en una relación marcada por la violencia de género es que la mujer se vuelve cada vez más vulnerable y va perdiendo su capacidad de autodefensa frente a los maltratos casi siempre sutiles, primero, y evidentes después, cuando ya está en pleno desarrollo la espiral de la violencia.

Se trata de un proceso que no debuta de forma evidente, sino más bien invisible, solapado, mezclado con relaciones afectivas fuertes y percepciones confusas. Es por ello que a veces se trastocan los celos y el control con el amor: se cree y piensa que él se preocupa en exceso porque la quiere, o le prohíbe algunas cosas porque la cuida y quiere para ella lo mejor.

Mientras transcurre ese proceder controlador, sea en público o en privado, la mujer va perdiendo poco a poco su autonomía y autoestima, mientras el maltrato aumenta en frecuencia e intensidad. Como mejor se describe lo que acontece es mediante el ciclo de la violencia, definido en 1979 por Leonore Walter, quien explicó las fases cíclicas y repetitivas de un proceso en espiral que se agrava según se reitera.

Las tres fases recocidas en este ciclo son: la de acumulación de tensiones, la de explosión y finalmente la de reconciliación, más conocida como «luna de miel».

Ciertamente, la «luna de miel» es solo una fase más del ciclo, que retoma su curso, nuevamente, con la de acumulación de la tensión. Con el tiempo, la fase de agresión se repite más a menudo o se está todo el tiempo entre la tensión y la agresión, sin apenas conciliación. Mientras se suceden las fases del ciclo, la violencia va in crescendo y se hace más intensa, con un peligro cada vez mayor para la mujer, quien comienza a pensar que no hay salida para su situación y siente disímiles temores. Ello es lo que explica, verdaderamente, por qué muchas víctimas de malos tratos vuelven con el agresor o retiran la denuncia que le habían hecho ante los tribunales o la policía.

Lo más peligroso de este proceso es su invisibilidad. Es tal la aceptación cultural de la superioridad masculina a nivel social, que no resulta fácil identificar las señales que muestran al maltratador desde etapas iniciales de una relación. Son tan efectivos los mitos y creencias en torno a la violencia que permiten que sus manifestaciones se consideren parte consustancial a la relación de pareja. Bajo estos criterios, el episodio de la violencia se ve de manera aislada y sus causas se limitan a la incompatibilidad de caracteres entre las partes, los factores externos o un deficiente autocontrol de la conducta, cuando en realidad subyace un desequilibrio de poder.

Investigaciones diversas indican que muchas de las mujeres víctimas de violencia por parte de sus parejas manifiestan que viven una sensación de abandono y soledad, admiten que no han solicitado ayuda como alternativa al maltrato que vivencian y, las pocas que lo han hecho, casi nunca logran una ayuda efectiva. Reconocen, además, que no piden ayuda por vergüenza, miedo, porque muchas veces confían en el cambio del maltratador o por evitarles complicaciones a terceros que puedan implicarse, entre otras razones.

En su artículo *Desmontando mitos para construir nuevas relaciones*, la profesora Clotilde Proveyer advierte la necesidad de desmontar los mitos que obstaculizan la toma de conciencia sobre lo ilegítimo de cualquier forma de maltrato, porque todas ellas forman una cadena sin fin, que se reproduce infinitamente si no se corta la espiral.

«Cuando los gradientes de esa espiral aumentan, va disminuyendo la capacidad femenina para comportarse como sujeto autónomo y para encontrar salidas efectivas a la situación que las anula», asegura Proveyer Cervantes.

#### Fase de acumulación de la tensión

Se caracteriza por una escalada gradual de tensión y aumentan la fricción y los conflictos en la pareja. El maltratador demuestra su violencia de forma verbal y, en ocasiones, con agresiones físicas y cambios repentinos de ánimo que la mujer no acierta a comprender y suele justificar, ya que no es consciente del proceso de violencia en el que está involucrada. De esta forma, la víctima siempre intenta calmar a su pareja, complacerla y no realizar aquello que le moleste, creyendo que así evitará conflictos, incluso con la equivocada creencia de que esos conflictos, a veces, son provocados por ella.

#### Fase de agresión

El maltratador se muestra tal cual es y se producen de forma ya visible los malos

tratos, tanto psicológicos, físicos como sexuales. La mujer experimenta temores y ansiedad que la pueden llevar a denunciar los malos tratos o contarle a alguien lo que le está pasando, aunque el propio temor la lleve a retractarse después.

#### Fase de reconciliación o luna de miel

El hombre violento se arrepiente, pide perdón, se muestra amable y cariñoso, hace promesas de cambio y hasta regalos, en lo que parece ser un refuerzo positivo para que la mujer mantenga la relación y lo perdone, tras ver su «lado bueno» y fomentar la esperanza de que puede llegar a cambiar. Él jura y promete que no volverá a repetirse, que ha explotado por «otros problemas» siempre ajenos a él, que no sabe cómo ha sucedido. Incluso puede hacer creer que su actuación se ha debido a una actitud provocada por ella, hasta el punto que ella llegue a creerlo. La mujer, que desea el cambio, suele confiar en estas palabras y «muestras de amor», creyendo que podrá ayudarle a cambiar, algo que el maltratador suele pedirle.

### **Del dicho al hecho**

Aunque no son los únicos, entre los mitos más reiterados que se impone desmontar están los siguientes:

MITO: La conducta violenta es innata en los hombres.

REALIDAD: La violencia es una conducta que se aprende a través de los mensajes sociales y familiares.

MITO: A veces se justifica que un esposo golpee a su mujer.

REALIDAD: La violencia es una violación de los derechos humanos de las personas. En ninguna circunstancia se tiene derecho a abusar de otra persona.

MITO: Las mujeres que son o han sido golpeadas «se lo han buscado».

REALIDAD: Aunque la conducta de una mujer provoque enojo en su pareja, esto no justifica que sea maltratada.

MITO: El número de mujeres que maltratan a sus parejas hombres, y el de las madres que maltratan a sus hijos e hijas, es prácticamente igual que la cantidad de padres, padrastros y varios abusivos.

REALIDAD: Aunque es cierto que existen mujeres que maltratan a su pareja, ese número es menor que el de hombres que maltratan a su pareja. Cuando la violencia viene de la mujer, generalmente se trata de un acto de autodefensa o de la llamada violencia reactiva, como resultado del maltrato recibido y acumulado por ella en el tiempo.

MITO: Los hombres violentos sufren de enfermedades mentales.

REALIDAD: Contrariamente a la opinión general, la mayoría de los hombres violentos no tienen trastorno mental alguno y ejercen lo que creen en su derecho natural de dominio de las mujeres. Aunque no existe un perfil del hombre maltratador, los estudios confirman que en su mayoría son personas en su sano juicio, saben lo que hacen y mantienen una hoja de vida o imagen pública intachable.

MITO: Lo hace porque la ama, la cela porque la quiere, la controla porque la protege y desea para ella lo mejor.

REALIDAD: La violencia nunca es expresión de amor; el amor es vida y no muerte, es pasión y no dolor, es cuidado y no daño.

MITO: La violencia contra la mujer es más propia de barrios marginales, entre personas con bajo nivel escolar y cultural, de bajos recursos. Es cosa de gente sin educación.

REALIDAD: La violencia por motivos de género se produce independientemente de la procedencia de las personas implicadas, su nivel cultural, creencia religiosa, color de la piel o situación económica y social. Algunos estudios señalan que puede ser más evidente en determinados espacios, como barrios marginales y zonas de hacinamiento, donde se hace más difícil esconderla. También que entre personas profesionales y de alto nivel cultural se evidencian todas sus manifestaciones, pero también se detecta menos porque se oculta más.

MITO: La mujer incita la agresión, la provoca con su forma de ser y de vestirse.

REALIDAD: Ninguna conducta justifica el maltrato. Las mujeres son dueñas de su cuerpo y pueden vestir como lo deseen. Nadie tiene derecho a maltratarlas o castigarlas por ello.

MITO: A las mujeres maltratadas les gusta sufrir y que les peguen. Son unas aguantonas por deseo propio.

REALIDAD: Las mujeres agredidas necesitan ayuda para poder salir del círculo de la violencia, por ello es que continúan en la relación abusiva, ocultan lo que les pasa y se resisten a denunciar.

---

**Publicado: 8/1/2015**

[Escribenos](#) | [Correspondencia](#) | [Galería de Fotos](#) | [Dossier Especial](#)